ALUMNOS

AMOR, POESÍA Y SABIDURÍA

*Isabel Gil Everaert**

Por supuesto que el hombre vive en una constante pugna entre su parte racional y su parte de locura. Claro que definir al hombre como un ente sabio y racional es poco razonable y poco sabio. Concuerdo con Edgar Morin: qué simplista esa definición occidental del hombre. ¿Dónde quedan la irracionalidad, las pasiones, la desmesura y el delirio? ¿Qué propuesta de vida más atractiva que encontrar un equilibrio entre la razón y la locura? ¿Qué más interesante y humano que reconocernos como entes no tan cuerdos y calculadores?

Tal vez uno de los libros que más ha cambiado mi vida son estas páginas de Edgar Morin. Lo que, a juzgar por el título, podría parecer una serie de poemas cursis, resulta ser más bien un ideario, una serie de ensayos con algunas de las ideas más trascendentales con las que he tenido la fortuna de toparme. Además del valor intrínseco de las letras de Morin, y de las reflexiones causadas cada vez que decido reabrir su libro, *Amor, Poesía y Sabiduría* se ha convertido en un vínculo intangible, un puente de comunicación y un espacio de acuerdo, un consenso implícito mediante el cual he podido conocer a una de las personas más grandes. A grandes personas, grandes ideas; y a grandes ideas, grandes libros.

Relatar una relación entre dos personas puede ser una tarea más compleja de lo que parece; una simple crónica puede resultar carente de sentido, privilegiar los hechos y lo relatable sobre lo pensado, lo sentido, lo no dicho y lo no hecho. Un poema podría resultar una mejor idea; qué más adecuado que lograr transitar a este estado segundo que describe Morin, al estado poético en el que el verdadero yo sale a flote, ese yo de nuestros sueños, de nuestros anhelos. Sin embargo, no confío en mis pocas capacidades líricas como para lograr el cometido.

* Egresada de Ciencia Política, ITAM.

Hace unos años alguien me compartió una clasificación, no sé si propia o prestada, de las relaciones personales. Toda esta clasificación se basa en la conversación entre dos personas. En un primer nivel, las conversaciones son de temas triviales y evidentes: el clima, el tráfico, las noticias recientes. En segundo lugar, se encuentran aquellas conversaciones construidas a partir de los demás, de esos terceros no presentes, sus historias, sus conflictos y en las que a veces emerge una opinión o juicio del actuar o no actuar del otro. En tercer lugar, se habla de uno mismo, se comparten miedos y esperanzas, manías, historias personales, odios y amores. Finalmente, el cuarto nivel de conversación, al cual pocos llegan –de acuerdo a mi cercana fuente–, es la conversación en la que las ideas toman el papel protagónico, más allá de las historias y las sucesiones de hechos, más allá de los demás y de si el cielo se cae a pedazos, o hay un tráfico similar a la *Autopista del sur* de Cortázar, las ideas vuelan, rebotan, se encuentran y contraponen, o se toman de la mano y caminan juntas.

Bajo esa óptica, que comparto con aquel buen amigo, me parece que las relaciones que llegan al nivel de las ideas, pasando por todo lo demás –sin prosa no hay poesía–, no pueden ser mejor descritas que desde las ideas. No hay nada más íntimo que los pensamientos, nada habla más de quienes somos que las ideas en las que creemos, las ideas que defendemos, las ideas que rigen nuestro actuar. Parecería paradójico buscar compartir un mundo tan personal y tan íntimo como el del pensamiento, pero creo firmemente en que no hay conexión más profunda y trascendental. Ese amor al otro en sentido tan profundo, ese amar su razón y su locura, compartirse en los miedos y mostrarse en historias relatadas con sentimiento y detalle, es una experiencia cercana a la sublimación, y la sublimación compartida es una de tantas maneras de sentirse realmente vivo. De acuerdo con Morin, el amor es la unión de la locura y la sabiduría. En el amor, la locura y la cordura se alimentan la una a la otra. El amor, entonces, se vuelve el acto de mayor complejidad del ser humano, ese acto en el que las dos partes de nuestro ser, tan escindidas en muchos momentos, no sólo conviven, sino que permiten la existencia la una de la otra, se autogeneran al chocar, se alimentan una de la otra,

ALUMNOS

y existen gracias a la existencia del otro. Amar es el mayor riesgo que se puede tomar; al amar el amor nos posee, y lo poseemos; nos vincula con lo amado, creando un vínculo en el que se vive el amor, y el amor nos vive.

De amar muchas maneras, pero pocas manifestaciones de amor tan claras como compartir una buena cena, unos vinos y el tiempo. La conversación natural, ese fluir de palabras e ideas, ese sentir que el tiempo no pasa y que, por más que la noche parezca estirarse, nunca se alargará lo suficiente como para que la plática acabe, es de las experiencias más satisfactorias que hasta ahora he tenido. Conocer gente que se sume a este interés, ser parte de estos grupos, de estas pláticas que dejan pensando por días y semanas será siempre algo que valoraré. En Julián reconocí a uno de estos aliados de conversación, y en esas pláticas trasnochadas con vinos, y en esos salones de clases repletos de ideas y silencios, de admiración y confrontación. Encontré un espacio distinto, bello por sí mismo, interesante de principio a fin, memorable en todos los sentidos. Desde su particular óptica, y desde sus sarcasmos y su pensamiento anti dogmático, Julián me transmitió el amor por la sinrazón, por la inteligencia equilibrada con las pasiones; por la lectura crítica y las metáforas y el humor ante una realidad que a veces provoca carcajadas de tristeza, o lágrimas de absurdo.

Con Julián empecé el proceso de conversión de *sapiens sapiens* a *sapiens demens*. Me ha regresado, entre muchas cosas, la esperanza de combatir este mundo de hiper prosa con una vida de hiper poesía.

Querido Julián, no queríamos hacer un elogio, pero es difícil no caer en ello. Con cariño y admiración, Regina, Ricardo, Francesca, Natalia e Isabel.